

de su conducta en la expedición, se justificó el almirante genovés ante el pontífice y ante todo el mundo (1).

Con la pérdida de Nicosia, y con la desmembración de la armada de España, ni la isla se hallaba en disposición de oponer una gran resistencia á los turcos, ni las escuadras del papa y de Venecia en la de emprender operación alguna importante contra el poder naval de los otomanos. Así es que varias poblaciones de la isla se fueron rindiendo, y si Piali no dió caza á las dos escuadras de Italia fué porque los vientos le obligaron á retroceder cuando marchaba á Candia, y viendo frustrado su designio y la cruda estación del invierno encima, mudó de propósito y se fué á invernar á Constantinopla. Zanne se trasladó á Corfú, y Colonna dió la vuelta á Roma, donde llegó después de no pocos azares con su pequeña flota lastimosamente deteriorada. Mustafá dejó algunas tropas al mando de Muzaffez-Bajá para guarnecer á Nicosia, y pasó á cercar á Famagusta, enviando á los de la ciudad para intimarles la rendición en lugar de pliego la cabeza de Nicolás Dandolo. Aunque el general de la armada de Venecia logró introducir algún refuerzo en la plaza, las baterías que en una eminencia hizo colocar Mustafá anunciaban su resolución de no abandonar el sitio aun en la inclemencia y rigor del invierno. Aquella fué una de las últimas disposiciones del general Zanne, porque poco satisfecha la república de su comportamiento como jefe de la armada, nombró en su lugar al proveedor Sebastian Veniero, y por lugarteniente suyo á Agustín Barbarigo, hombre que gozaba reputación de prudente y cuerdo.

Así las cosas, y sabedor el pontífice Pio V de que los venecianos en su apurada situación habían andado en tratos de paz con los turcos, hasta el punto de haber enviado á Constantinopla á Jacobo Razzagoni con ciertas proposiciones (en lo cual se veía cuán fundados iban los comisionados del rey de España en desconfiar de la constancia de aquellos repúblicos), envió á Venecia á Marco Antonio Colonna á fin de que inclinase al dux y al senado á la ratificación definitiva de la Liga. Las concesiones que el papa les hizo de las gracias que habían solicitado, y la energía con que les habló el Colonna, junto con la mala acogida que halló en el sultan la embajada de Razzagoni, todo contribuyó á determinarlos á abrazar la confederación en los términos que antes se había convenido. Pio V, á cuyo constante empeño y actividad se debía principalmente este resultado, hizo comparecer en público consistorio (25 de mayo, 1571) á todos los contratantes (2), y leídas por el datario las capitulaciones de la Liga, juró el primero el pontífice su observancia puestas las manos en el pecho, é hicieron los demás el mismo juramento sobre el misal, á lo cual siguió una solemne misa y procesion en la iglesia de San Pedro (3).

Antes de esto, y sin duda tan pronto como el papa supo el consentimiento de Venecia, envió á España al cardenal Alejandro, sobrino suyo, y uno de los cinco de las conferencias de Roma, el cual trajo á Felipe II la concesión apostólica del Exeuso y Cruzada y la confirmación del Subsídio. Este enviado llegó á Madrid el 14 de mayo, y después de haberse aposentado en el convento de Atocha, hizo su entrada pública en la corte el 16, día de la Ascension, con una pompa extraordinaria, acompañado del rey, de don Juan de Austria y de todo lo mas espléndido de la corte (4). Después de haber

(1) El señor Rosell, en su Memoria sobre el combate naval de Lepanto, ha publicado la justificación de Juan Andrea Doria (Apéndice V), copiada de un Códice de la Biblioteca Nacional, E. 52, folio 387, con lo cual quedan desvanecidos los cargos que en algunas historias italianas se leen contra esta conducta del jefe de la armada auxiliar española.

(2) Faltaba el cardenal Granvela, que se hallaba en Nápoles, nombrado virey en reemplazo de don Perafán de Ribera.

(3) Copia en latín del acta de ratificación de la Liga, en la Biblioteca de la Academia de la Historia, Misc. de Villaumbrosa, tomo 36.—Crónica de Torres y Aguilera.—Vander Hammen, Historia de don Juan de Austria, libro III, y los demás autores citados en la nota 1.ª de la página anterior.

(4) En el archivo de Simancas, Estado, legajo 153, hemos visto las minutas del despacho que se dió á don Fernando de Borja, comisionado para recibir al cardenal Alejandro; y en Vander Hammen, libro III, puede verse el lujoso y magnífico ceremonial de su entrada en la corte.

hablado con el rey, y terminada su comisión, pasó el legado pontificio á Portugal, donde halló en el rey don Sebastian las mismas dificultades que había puesto en el año anterior para entrar en la Liga. No fueron mas felices las gestiones de Su Santidad con Maximiliano de Austria por medio del cardenal Comendon; y tampoco alcanzaron mejor éxito las invitaciones hechas al rey de Francia; de modo que la Liga quedó concretada á sus primitivos signatarios.

Venecia fabricó y armó nuevas naves, con aquella rapidez en que ninguna nación podía igualarla. Buscó arbitrios, vendió mas oficinas y tierras, acudió á empréstitos, otorgó exenciones á los que se presentasen voluntariamente á servir en la guerra, concedió salvoconducto á los bandidos que se presentaran á ser galeotes ó soldados en la armada, y con los nuevos generales Veniero y Barbarigo enderezó su escuadra á Chipre á reforzar la que había quedado en Corfú. Por su parte Selim había reunido también una numerosa armada para enviarla igualmente á Chipre y ver de destruir la veneciana donde quiera que la hallase, y proteger á Mustafá que sitiaba á Famagusta. Después de haber depuesto á Piali del cargo de bajá por no haber destruido en la anterior campaña la armada de Venecia (5), nombró á Ali-Bajá general de la armada, y dió á Pertew-Bajá el mando del ejército de tierra, los cuales partieron uno tras otro de Constantinopla en dirección de Chipre, y unieronse las escuadras del virey de Alejandria, del de Argel, Uluch Ali, del bey de Negropono, y también se les incorporó con las suyas Hassem, el hijo de Barbaroja, de quien antes tantas veces hemos tenido que hablar. Contábanse entre todas doscientas cincuenta velas, con las cuales se trasladaron á Candia.

Tuvo la armada turca algunos sucesos prósperos en la costa de Dalmacia, y prevalido de ellos Uluch Ali se atrevió á penetrar en el golfo de Venecia, apresó algunas galeras, entró á saco algunas poblaciones, llevó el terror y la consternación á la capital misma, que creyó llegada la hora de la desolación, y se disponía á hacer una resistencia desesperada. Pero el corsario argelino no quiso exponerse á ser encerrado en el golfo, y contento con haber puesto espanto á la capital de la república, dió la vuelta hácia el Cáatar, donde le esperaba Ali-Bajá, para encaminarse juntos á Corfú, y adquirir noticias de la armada de la Liga, y recibirlas también de Constantinopla.

Veamos ya lo que Mustafá adelantaba en el sitio de Famagusta, que no había hecho sino entretener durante el invierno. Llegados los templados meses de abril y mayo (1571), y reunido un ejército cuya cifra no baja ningun historiador de ochenta mil hombres, con setenta y cuatro cañones, además de cuatro monstruosos basislicos, comenzó á batir con furia los baluartes y torres de la plaza, y á abrir minas en varios puntos: todo lo cual hacía presagiar que la suerte de Famagusta no fuera menos desdichada que la de la infeliz Nicosia. Mandaba en ella como general Astor Baglioni; gobernaba la plaza y ciudadela Marco Antonio Bragadino; dirigía la artillería Juan Martinengo, que había hecho su nombre ilustre en el sitio de Rodas por los nuevos medios de defensa que había inventado. Las tropas de la guarnición no pasaban de siete mil hombres, entre italianos y griegos. Ocho mil habitantes habían sido obligados á evacuar la ciudad para desembarazarla de bocas inútiles. Seis asaltos sufrieron los sitiados en dos meses y medio sin entibiarse su ardor. Los combates habían sido encarnizados y sangrientos. Cincuenta mil turcos habían quedado sepultados en sus fosos y entre las ruinas de sus muros: pero estos estaban allanados, agotados los mantenimientos, casi acabadas las municiones, los cuerpos exánimes

(5) Fueron desgraciados los generales de la guerra de Chipre de 1570. Acabamos de decir cómo fué castigado el almirante turco por lo que dejó de hacer. El de Venecia Zanne, fué procesado también, y lleno de disgustos, murió á los dos años sin haberse podido justificar. Juan Andrea Doria fué censurado y calumniado, y tuvo que hacer una justificación pública. El mas afortunado fué Colonna, el de Su Santidad, y eso que volvió á Roma con menos de la mitad de su flota, y esa en deplorable estado.—Además, fué también decapitado en Constantinopla el bey de Chios, por su negligencia, y el de Rodas privado de llevar fanal en su nave.

de fatiga, la ciudad presentaba el aspecto del hambre y la desolación, y reunidos á petición de los infelices ciudadanos y por orden de Baglioni los capitanes en consejo, se acordó, aun contra el dictámen de algunos, aceptar la capitulación que ofrecía Mustafá. Las condiciones eran ventajosas; los sitiados podían salir libremente con seguro de sus vidas y haciendas, y se hacía la honra á los tres principales jefes de dejarles cinco cañones y quince caballos: los chipriotas serian embarcados á Candia en bajeles turcos. La capitulación se firmó el 2 de agosto (1571): en los tres dias siguientes fué evacuada la ciudad, y el 5 le fueron entregadas á Mustafá las llaves de la plaza (1).

Habiendo manifestado el seraskier turco su deseo de conocer personalmente á los valerosos defensores de Famagusta, presentáronse una tarde en su tienda Bragadino, Baglioni, Martinengo y Quirini, marchando delante Bragadino, vestido de púrpura, bajo un quitasol encarnado. Recibiólos Mustafá amistosamente al parecer; mas luego mudó de aspecto y de tono, y reclamó entre otros rehenes al jóven Quirini: negóse los Bragadino con entereza y con palabras un tanto fuertes: irritóse Mustafá, y desatóse en injurias; Bragadino le contestó con dureza, tal vez con frases algo ofensivas, mostrándose inflexible en no consentir que se faltara á la capitulación. Ciego con esto de cólera el bárbaro otomano, mandó degollar á todos los capitanes venecianos al tiempo que salían de su tienda. En cuanto á Bragadino..... la pluma se nos cae de las manos al querer trazar las horribles inhumanidades que con él ejecutó aquel hombre infernal.... Pero es menester hacerlo, siquiera se nos angustie y oprima el corazón, para que se vea cuán inmenso beneficio iban á hacer á la humanidad los que se coligaban en nombre de la religion para destruir el poder de aquellos bárbaros.

Primeramente le hizo mutilar orejas y narices. A los diez dias de esto, sentado y sujeto á un banco, atado al mástil de la galera del bey de Rodas, hizo que le zambulleran en el agua diferentes veces. Colgándole después al cuello dos espuelas, le obligaba á acarrear tierra á los bastiones que se estaban reedificando. Cada vez que pasaba por delante del seraskier, tenia que humillar la cabeza hasta besar el suelo. Llevado por último á la plaza (17 de agosto), y amarrado al poste en que se azotaba á los esclavos (horroriza pensarlo), fué desollado vivo!!! El desdichado, en medio de tan acerbo tormento, recitaba con voz entera el salmo *Miserere*, hasta que entregó el espíritu al Dios que invocaba. No contento el feroz verdugo con tan horroroso suplicio é ignominiosa muerte, ordenó descuartizar el cuerpo de Bragadino, y clavar las cuatro partes á cuatro grandes baterías, que su piel rellena de heno fuera paseada por el campo y la ciudad, bajo el mismo quitasol encarnado que había llevado la tarde que se presentó á Mustafá, y que su cabeza puesta en sal fuera clavada á la entena de una galera. Finalmente, dispuso aquel monstruo que esta cabeza, junto con las de Baglioni, Martinengo y Quirini, fueran custodiadas en una caja y llevadas y presentadas al sultan.... No sabemos cómo hemos tenido aliento para consignar actos de tan abominable crueldad y de tan refinada fiera (2).

Con la toma de Famagusta quedaron los turcos dueños de la Liga. El papa Pio V, celoso é incansable promovedor de la Liga, tuvo pronto dispuesto su pequeño ejército y su flota, y no cesó de instar á Felipe II y excitarle á que obrara con mas eficacia y rapidez que hasta entonces. Don Juan de Austria, nombrado generalísimo de la Liga, se hallaba en Madrid, como anunciamos en el anterior capítulo, desde el principio del año 1571, después de haber subyugado los moriscos de la Alpujarra. Habiendo de acompañarle á Italia sus sobrinos los

(1) Parutta, Foglieta, Contarini, Gratiani, Vander Hammen, y los demás anteriormente citados, en sus respectivas obras.

(2) Foglieta, De sacro fodere, pág. 253.—Contarini, pág. 31.—Sagredo, Memoire, pág. 393.—Calepio, Vera e fidelissima narrazione dell'espugnazione é defensione di Famagusta.

Estos respetables restos de tan valientes capitanes fueron con el tiempo llevados á Venecia, y colocados en el panteon de los grandes hombres de la república en la iglesia de San Juan y San Pablo.—Antonio Cicogna, Inscrizioni veneciane.

principes de Bohemia, Rodulfo y Ernesto, se difirió su viaje hasta el 6 de junio. Aquel día, después de recibidas instrucciones del rey su hermano, se despidió de él, y partió derecho á Guadalajara, Zaragoza y Barcelona, con su juvenil y fogosa imaginación llena de pensamientos de gloria, aguijándole la esperanza de los triunfos que habían de acreditarle de digno hijo del gran emperador Carlos V, y con la confianza de engrandecer con su valor el poder y renombre de su hermano Felipe II.

En Barcelona, donde fué recibido y saludado con universal y extraordinario júbilo, le esperaban su secretario Juan de Soto y su lugarteniente del mar el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens. Allí hizo que concurrieran don Alvaro de Bazan, general de las galeras de Nápoles, que se hallaba en Cartagena; don Sancho de Leiva, que lo era de las de España y estaba en Mallorca; Gil de Andrade y otros capitanes de mar, con todos los cuales conferenció sobre el objeto de la empresa. El 25 (junio) se le reunieron los principes sus sobrinos. Pasados algunos dias en preparar la expedición, embarcáronse al fin en los primeros dias de julio los tercios de la infantería española al mando de don Lope de Figueroa y don Miguel de Moncada; hizolo después don Sancho de Leiva con once galeras para ir corriendo y limpiando de corsarios las costas, y el mismo don Juan se hizo á la vela el 20, y arribó con próspero viento el 26 á Génova, donde además del dux y del senado de la Señoría acudieron á felicitarle casi todos los principes de Italia. Envió desde allí avisos á Venecia y á Roma, despachó á Nápoles á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, para que hiciese los aprestos convenientes por aquella parte; despidió á los principes de Bohemia que debían marchar á Milan, y con el principe de Parma Alejandro Farnesio se embarcó (5 de agosto) para Nápoles, donde fué recibido con general alegría el 9. Allí le entregó el cardenal Granvela por comisión del papa con toda solemnidad el estandarte de la Liga, como á generalísimo de ella; aquel estandarte sagrado, en que al pié de un Crucifijo bordado de damasco azul se veían las armas del pontífice, las del rey católico y las de Venecia enlazadas con una cadena, simbolo de la Santa Liga, y pendientes de ella las de don Juan de Austria, el ejecutor del gran pensamiento de las naciones unidas. Detuvo el mal tiempo á don Juan en Nápoles hasta el 21, en que se dió á la vela, llegando felizmente el 25 á Mesina, punto de reunion de todas las fuerzas de los coligados. Los arcos triunfales, las columnas, inscripciones, colgaduras, músicas y salvas con que á su entrada fué saludado, y el inmenso concurso que henchía las calles de Mesina, demostraba el regocijo público y las esperanzas que se cifraban en el principe español. Aguardábanle allí ya Colonna y Veniero, con las flotas de Roma y de Venecia; y las galeras venecianas que faltaban, y las de Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz, y las de Génova y Saboya, y las de Lomelin y Sauli, todas se hallaban incorporadas y reunidas el 5 de setiembre (3).

Entre grandes y pequeñas se contaban en aquella bahía mas de trescientas velas, y pasaban de ochenta mil las personas que habían de ocuparlas entre gente de pelea y de servicio. «Desde el imperio de Roma, dice oportunamente el autor de la Memoria citada, no habían sido aquellos mares teatro de espectáculo tan imponente; jamás habían pesado sobre sus ondas multitud tan copiosa de bajeles, encaminados á un solo fin, movidos por una sola voluntad, ni puestos en demanda mas acepta á los ojos de la justicia, ni de mayor incentivo á los ánimos de los hombres.» Ciento sesenta y cuatro vasos, los mejores y mejor equipados que jamás se habían visto, representaban allí en primer término el poder del rey de España.

(3) Correspondencia de don Juan de Austria con don García de Toledo, sacada del archivo de la casa de Villafranca, é inserta en el tomo III de la Colección de documentos inéditos.

En una de estas cartas, fecha 30 de agosto en Mesina, le decía don Juan de su propio puño á don García: «Quiero añadir el mal recado en que vienen venecianos; otro peor, que es no traer ningun género de orden, antes cada galera tira por do le parece. Vea vñ. qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos.»—Esto justifica plenamente las quejas que el año anterior había dado Juan Andrea Doria acerca del mal aparejo y del desorden de las naves venecianas.

Seguían doce galeras y seis fragatas del pontífice, y por último ciento treinta y cuatro bajeles venecianos, poco menos mal armados y provistos que los de la expedición de 1570. Hecha muestra general de todas las fuerzas y su competente distribución, cuidando de interpolar con los venecianos algunas compañías de españoles, y estando ya para partir la armada, llegó otro legado de Su Santidad, monseñor Odescalco, portador de las gracias de cruzada a todos los aliados, con las mismas indulgencias concedidas en otro tiempo a los conquistadores de los Santos Lugares. Generales, capitanes y soldados, todos confesaron y comulgaron devotamente antes de dejar el puerto. El mal temporal los detuvo hasta el 16 de setiembre, día en que se desplegaron al viento a la vista de un gentío innumerable tantas y tan vistosas velas y gallardetes de tan variados colores, y comenzó a surcar las ondas aquella multitud de embarcaciones que conducían tan ilustres príncipes y tan famosos capitanes. Aquella misma noche prosiguieron su rumbo desde la Fosa de San Juan, y el 26 se hallaba el generalísimo con su armada en Corfú, de donde partió el 28 para la isla de Cefalonia con doscientas ocho galeras y seis galeazas (1).

Sabiase que la armada turca, fuerte de doscientas galeras, se hallaba en el golfo de Lepanto. Había don Juan de Austria convocado consejo de generales para deliberar dónde habían de dirigirse, ya porque él tenía por política oír el parecer de todos, ya también porque así se lo había prevenido el rey su hermano, temeroso acaso de que el ardor de su juventud le precipitara a una resolución irreflexiva. No faltaron en el consejo quienes asustados ante el gran poder del turco y recordando el desastre de los Gelbes, propusieran empresas que denotaban su timidez. Pero prevaleció el dictamen mas digno de ánimos levantados, el de ir a buscar al enemigo y combatirlo, y excusado es decir que este fué el parecer, y esta la resolución de don Juan de Austria.

El 30 de setiembre se hallaba la armada cristiana en la Gumenizza. El 3 de octubre volvió a levar anclas, y el 5 dió fondo en Cefalonia, donde por un bergantín de Candia que trajeron los descubridores se recibió la triste nueva de la rendición de Famagusta, del desastroso fin de sus defensores y de las iniquidades horribles cometidas por Mustafá. Lo primero contrastó a todos, y muy especialmente a los venecianos, y lo segundo encendió los corazones en cólera y en deseo de vengar tamañas monstruosidades. Antes de amanecer el 7 mandó don Juan dar las velas al viento, y en pocas horas se hallaron las escuadras a la altura de siete isletas llamadas por los griegos Equinadas, y hoy nombradas Curzolares, frente a la costa de Albania. Una galera de Juan Andrea Doria avisó haber descubierto al doblar el golfo las velas de la armada enemiga, y don Juan de Austria, sin aguardar a mas mandó enarbolar el estandarte de la Liga; y la vista de la sacrosanta enseña y el estampido de un cañonazo anunciaron al ejército cristiano la resolución y la proximidad de la batalla.

Habiase reforzado la armada turca en Lepanto con naves, vituallas, artillería y soldados sacados de la Morea y de Modon, en términos que no bajaban de doscientas cuarenta galeras y multitud de galeotas, fustas y otros bajeles, y de ciento veinte mil sus hombres de guerra y de remo. Pertew-Bajá y Uluch-Ali, así como el virey de Alejandría y otros generales turcos, aconsejaban a Ali-Bajá que no empeñara el combate ni se aventurara a perder en una jornada las conquistas hechas en Chipre. Pero Ali, como general en jefe de toda la armada, desestimó su consejo como cobarde. Y era que un famoso corsario que disfrazado de pescador había podido acercarse a reconocer las galeras cristianas, ó por alentar a los musulmanes, ó porque él no las viese todas, había rebajado en mucho su número, y blasonaba el bajá de una victoria segura y casi infalible. También los generales de don Juan, y

(1) Carta de don Juan de Austria a don García de Toledo, de Corfú, a 28 de setiembre.—Documentos inéditos, t. III, p. 27.

Contarini y Torres Aguilera dieron una relación nominal de todas las galeras y de los capitanes que las mandaban, así como del orden de marcha que llevaron. El señor Rosell la ha puesto entre los apéndices de su Memoria.—Se halla la relación de la gente de guerra en el tomo III de la Colección de Documentos inéditos, pág. 204 y siguientes.

entre ellos se cuenta a Andrea Doria, a Ascanio de la Corna, y al mismo Sebastian Veniero, se mostraban temerosos de entrar en la lid, y húbolos que calificándolo de temeridad avanzaron a decirle que convendría retirarse. Señores, les dijo entonces el hijo de Carlos V, *ya no es hora de aconsejar, sino de combatir*. Y prosiguió disponiendo el orden de la batalla. Y es que además del ardor de su sangre, aumentaba su confianza la noticia que le dieran de haberse desmembrado de la armada turca Uluch-Ali el Argelino. Ambos jefes iban engañados y confiados; ambos contaban con el triunfo; ambos ansiaban con igual ardor la pelea; una fuerza misteriosa parece que los impulsaba, y es que la Providencia lo dispone así cuando determina refrenar el ímpetu y humillar el orgullo de un pueblo, y desenlazar una crisis histórica por medio de una catástrofe sangrienta.

Corría don Juan de una en otra nave alentando a los cristianos. «Hijos, les decía con entero y sonoro acento a los españoles: a vencer hemos venido ó a morir, si Dios lo quiere. No deis lugar a que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía: ¿Dónde está vuestro Dios? Pelead con fe en su santo nombre, que muertos ó victoriosos gozareis la inmortalidad.» Y a los venecianos: «Hoy es día de vengar afrentas: en las manos tenéis el remedio de vuestros males: menead con brio y cólera las espadas.» Y el fuego de sus palabras inflamó de ardor bélico los corazones de todos los combatientes. Ali-Bajá, que marchaba confiado creyendo tener a la vista toda la armada cristiana, siendo así que la mayor parte de ella la encubrían a sus ojos las islas Curzolares, se quedó atónito cuando saliendo a alta mar descubrió todo su frente, y la multitud de velas y el orden admirable en que se extendían, y maldijo al fatal corsario que le había engañado. También don Juan comprendió haberse equivocado en cuanto al número de los bajeles enemigos, y que no era cierto que hubiera desertado Uluch-Ali; conoció el trance peligroso en que se había metido, pero se acordó de quién era, fijó los ojos en un Crucifijo que siempre consigo llevaba, los levantó luego al cielo, puso su esperanza en Dios, y decidió combatir con el presentimiento de vencer.

La fe verdadera suele no quedar defraudada, y el cielo comenzó a mostrarse ostensiblemente propicio, puesto que el viento, hasta entonces contrario a la armada cristiana, se volvió contra las proas de las naves de los infieles, dificultando las operaciones de estos, favoreciendo las de los cristianos y fortificando sus espíritus. Hizo don Juan, entre otras cosas, cortar los espolones de todas las galeras, comenzando por la Real que él montaba, lo cual, según despues se vió, fué una providencia muy saludable.

Marchaban como de vanguardia seis galeazas venecianas. El ala ó cuerno izquierdo, compuesto de unas sesenta galeras, iba a cargo del proveedor Barbarigo: mandaba el derecho Juan Andrea Doria llevando un número casi igual de velas: en el centro de la batalla, que constituían sesenta y tres galeras, marchaba en su Real el generalísimo don Juan de Austria, llevando a sus dos lados a los dos generales de Roma y Venecia, Colonna y Veniero, y a la popa al comandante de Castilla Requesens, su lugarteniente. Constituían la retaguardia ó escuadra de socorro treinta y cinco galeras al mando de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. La armada turca, mas numerosa que la cristiana, formaba una media luna, dividida también en tres cuerpos. Mandaba el de la derecha el virey de Alejandría, Mehemet Siroko, con cincuenta y cinco galeras: el ala izquierda Uluch-Ali el de Argel, con noventa y tres; iban con noventa y seis en el centro ó batalla los dos bajeles Pertew y Ali, con su correspondiente cuerpo de socorro a retaguardia. De modo que correspondían frente a frente y cuerno a cuerno, y el estandarte del gran turco tremolaba a la faz del estandarte sagrado de la Liga (2).

(2) Foglietta, Parutta, Contarini, Torres Aguilera, Arroyo, Serviá, y otros que han descrito la batalla.—Ferrante Caraccioli, conde de Bicari, que con su galera iba al lado de la de Quirini, da curiosos pormenores sobre la disposición y suceso de la batalla en su obra: *I commentarii delle guerre fatte con Turchi*.—En la Memoria de Rosell, Apénd. VIII y IX, se inserta la relación nominal de las galeras y capitanes de ambas armadas.

Habia amainado el viento, las olas del golfo quedaron tranquilas, y el sol brillaba en un cielo azulado y puro, como si Dios hubiera querido que ningún elemento turbara la lucha de los hombres, que la naturaleza no pusiera obstáculo al combate que había de decidir el triunfo de la cruz ó de la media luna. Si el reflejo que despedían las limpias armas, los resplandecientes escudos y bruñidos yelmos de los cristianos deslumbraba a los musulmanes, también herían los ojos de los coligados los dorados fanales, las inscripciones de oro y plata de los estandartes turcos, las estrellas, la luna, los alfanjes de dos filos que brillaban en los bajeles de los almirantes otomanos. Por todo el ámbito que abarcaba la vista no se divisaban sino banderas y gallardetes de variados colores. Los dos ejércitos navales se contemplaron un breve espacio con mutua admiración. Interrumpió aquel imponente silencio el estampido de un cañonazo que disparó la galera de Ali, a que contestó con otro la Real de don Juan. A las primeras detonaciones de la artillería que anunciaron el combate siguió pronto el clamoreo y los alaridos con que los musulmanes acostumbraban a comenzar las batallas.

Chocó primeramente el ala derecha de los turcos mandada por el virey de Alejandría con la izquierda de los cristianos que guiaba el proveedor Barbarigo. Los venecianos peleaban a rostro descubierta, con la saña, el brio y el encono de quienes combatían contra los verdugos de sus compatriotas. Habíaselas el genovés Doria con el argelino Uluch-Ali, el cual apresó la capitana de Malta, y pasó a cuchillo a todos sus defensores, á excepción del prior y otros dos caballeros, que acerbillos de heridas se salvaron por contarlos entre los muertos. Buscáronse con igual anhelo Ali-Bajá y don Juan de Austria, hasta el punto de chocar con terrible estruendo ambas galeras, pero haciendo la artillería y arcabuceria de la Real de España estrago grande en la gente de la del turco. Hizose general el combate, y revolviéronse entre sí las galeras enemigas. Blanqueaba el mar con la espuma que formaba el hervor de las olas; el humo que brotaba de los cañones y arcabuces oscureció el horizonte, haciendo noche en medio del día, y las chispas que en su choque despedían las espadas y escudos parecían relámpagos que salían de entre negras nubes. Cruzábanse en el aire las balas y las flechas. Tragábase el mar los leños, cayendo revueltos turcos y cristianos, abrazados como hermanos con el odio de enemigos. Al lado de una nave que engullían las olas, devoraba otras el voraz incendio. Sobre un baje turco se veía enarbolada una bandera cristiana, y encontrábase una galera de Castilla guiada por un comandante turco. Peleabase cuerpo a cuerpo despues de rotas las espadas; todo era estrago y muerte; la sangre llegó a enrojecer el mar. «Nunca el Mediterráneo, dice con exactitud y elegancia el autor de la Memoria sobre Lepanto, vió en sus senos, ni volverá a presenciar el mundo conflicto tan obstinado, ni mortandad mas horrible, ni corazones de hombres tan animosos y encrucecidos.»

Con su jóven é incansable brazo meneaba don Juan de Austria sin cesar su acero, siempre en continuo peligro su persona: jóven parecía también en el pelear el anciano Sebastian Veniero: no desmentía Colonna en el combate el ilustre nombre de su familia: mostrábase Requesens digno lugarteniente de un príncipe tan valeroso como don Juan: el príncipe de Parma acreditaba que corría por sus venas la sangre de Carlos V: no arredraban al de Urbino las heridas que recibía: Figueroa, Zapata, Carrillo, todos los capitanes de la Real trabajaban con menosprecio de la vida como hombres avezados a los combates: cuando la Real se veía apurada, porque también Ali y Pertew-Bajá peleaban como héroes con sus genizaros, acudía don Alvaro de Bazan como si moviera sus galeras un rayo, y acuchillaba musulmanes y lo arrasaba todo, embotándose las balas en su rodela y escudo, y se movía como un torbellino, sin que entibiara su fuego ver hundirse a su lado bajeles y caer sin vida capitanes. Cuando a Doria le tenía estrechado y en conflicto Uluch-Ali, allí arrancaba el marqués de Santa Cruz, dejando asegurada la Real, y rescatando la capitana de Malta daba desahogo al genovés, poniendo en afrentosa fuga al argelino.

Imposible es relatar las hazañas y proezas particulares de

cada capitán y de cada soldado en esta lucha gigantesca, en que los genizaros, que se tenían por los mas bravos guerreros del mundo, hubieron de convencerse de que había guerreros cristianos mas esforzados, mas audaces y mas temerarios que ellos. Mas no podemos dispensarnos de hacer especial mención de un soldado de España, que postrado de fiebre en la galera *Marquesa* de Andrea Doria, pero sintiendo en su pecho otra fiebre mas ardiente, que era el fuego del valor y el afán de combatir, dejó el humilde lecho en que yacía, y pidió a su capitán le colocara en el punto del mayor peligro. En vano sus compañeros, en vano el capitán mismo intentaron convencerle de que estaba mas para curar que para exponer su cuerpo. El soldado insistió, el soldado peleó con gallardía, el soldado fué herido en los pechos y en la mano izquierda, mas no por eso quiso retirarse, porque era máxima de este soldado, que las heridas que se sacan de las batallas son estrellas que guían al cielo de la gloria. Y prosiguió el tenaz soldado, y no hubo medio de hacerle retirar a ponerse en cura, hasta que terminó el combate de su galera, en que murió el capitán, que lo era Francisco de San Pedro. El lector comprenderá por qué entre tantas otras insignes proezas como ilustraron este combate, mencionamos particularmente la de este soldado. Porque el lector habrá adivinado ya que este soldado era *Miguel de Cervantes*, ignorado del mundo entonces por las armas, asombro despues por las letras.

Mas ya es tiempo de que nos acerquemos al término de tan furiosa pelea, que por algun espacio habia estado dudosa. Ya los turcos habian sufrido una gran pérdida con haber caído al agua Pertew-Bajá, perseguido por don Juan de Cardona y entrada su galera por Paulo Jordan Urbino, teniendo el seraskier que ganar a nado una barquilla en que huir. Mas no dieron los cristianos el grito de *Victoria!* hasta que vieron a Ali-Bajá, despues de vigorosos y porfiados esfuerzos suyos y de los trescientos genizaros de su Real, caer sobre cruja herido de bala en la frente por un arcabucero de don Juan. Otro le cortó la cabeza, y la presentó al generalísimo de los cristianos, que con hidalga generosidad afeó y reprendió horrorizado la acción, y ordenó que semejante trofeo fuera arrojado al mar, si bien no pudo impedir que la cabeza del almirante turco fuera clavada y enseñada en la punta de una lanza (1). El grito de victoria de los cristianos resonaba por los aires y le llevaban los vientos hasta las playas. El último encuentro fué entre las galeras de Uluch-Ali y las de Andrea Doria; mas habiendo llegado don Juan, apresuróse a huir el virey de Argel con cuarenta bajeles que pudo salvar del universal destrozo, con tal precipitación que ni el príncipe, ni Juan Andrea, ni don Alvaro de Bazan pudieron darle caza, bien que su gente pereció casi toda, ó tragada por las olas al saltar azoradamente a tierra, ó acuchillada entre las breñas por los venecianos.

Perdieron los turcos en este memorable combate doscientos veinticuatro bajeles; de ellos ciento treinta quedaron en poder de los cristianos; mas de noventa se quemaron en las aguas ó fueron reducidos a pavesas por el fuego; cuarenta

(1) De esta circunstancia de haber sido clavada en la punta de una pica la cabeza de Ali parece dudar el señor Rosell en su Memoria, fundado en que nada dicen los testigos del combate. Pero Caraccioli, que fué uno de ellos, lo expresa así en sus *Comentarii delle guerre fatte con Turchi*, pág. 39.

Hé aquí sus mismas palabras:

«Duró l'ardor della battaglia un hora e mezza, quando la galea del Baschiá fu presa dalla Reale di don Gioanni; ove entrarono i soldati e ritrovarono Ali ferito d'un'archibugiata, il qual parlando italiano diceva: «andate a basso che vi sono denari,» e dicendo alcuni che quell'era il Baschiá, un soldato bisogno spagnolo andò per occiderle, e gli per disviarlo e placarlo insieme li disse: «piglia questa storta (la qual era di gran prezzo),» ma non gli giouarone le buone parole: perciò che colui senza compassione alcuna gli mozzò il capo, e subito si gittò a nuoto, portandolo a don Gioanni, con pensiero di portar alcuna cosa gratissima, dal quale con dispiacere gli fu risposto: «(che vuoi ch'io faccia di cotesto capo? hor gettalo in mare; con tutto ciò per spazio d'un hora stalte fisso in una punta di picca alla poppa. Il dispiacere che ebbe don Gioanni per la morte di costui (poiché già essendo cautoivo si doveva conservare) se acrebbe ancora intendendo da tutti christiani liberati dalla catena la bontà e umanità di tal uomo e principalmente verso i christiani.»